

Encuentros extraños (y un par de abuelas)

Claudia Adriázola Arze

loqueleo

*A Andy, Taís y Adrián
A Valeria, Paola, Gabriel y Alejandro, mis hermanos*

En el lago

9

Juliana apoyó la quijada sobre el borde astilloso del bote y observó su cara reflejada en el agua del lago.

El ligero oleaje los mecía, mientras la niña entre cerraba los ojos, a ver si lograba de nuevo divisar la extraña presencia ese día.

Pero el agua estaba oscura y apenas se notaban las algas al fondo. Como si en vez de algas allá hubiera un bosque frondoso subacuático.

El agua le devolvía a Juliana su rostro de ojos achinados, sus mejillas frutales, su cabello intensamente negro atado en dos trenzas ralas a los lados de la nuca. Y los rayos de sol creaban destellos sobre la superficie, que parecían pequeñas chispas plateadas enredadas en sus trenzas.

Eso le gustaba a Juliana. Admirar la superposición del agua, las estrellitas del sol y su rostro, todo en una sola imagen. Como si fuera un cuadro.

Igual que todos los fines de semana, acompañaba a Eustaquio, su papá, a pescar las truchas y los pequeños ispis que luego llevaban al mercado local. Salían antes del sol y volvían casi siempre para la hora del almuerzo. Lo hacían juntos desde que ella era muy pequeña.

10 Juliana volvió a achinar los ojos. Allá, un poco a la derecha pudo ver, con solo la esquinita de un ojo, que algo se movía en el agua. Inspiró hondo y aguantó por unos segundos la respiración.

Alrededor solo se escuchaba el chapoteo de la quilla que iba cortando las olas y el viento que a lo lejos jugaba con los juncos y la totora que crecían en la orilla.

La niña podía haberlo jurado. No era un pez ni eran las algas. Era algo mucho más grande; una sombra fugaz acababa de pasar por debajo de la embarcación.

Juliana corrió repentinamente de un lado al otro y el pequeño bote se meció peligrosamente. Eustaquio se tambaleó y abrió un poco los brazos para poder recuperar el equilibrio y no caer. La niña se agachó nuevamente y acercó mucho la cara hasta casi tocar el agua con la punta de la na-

riz. Luego, puso la mano a modo de visera sobre la frente para hacer sombra y poder observar mejor. Ahora sus ojos se veían como dos uvas grandotas y muy negras que auscultaban la profundidad en busca del ser que había creído ver solo meses atrás en ese mismísimo lugar.

—¡Juli! ¡No seas tan loca! —exclamó el hombre disimulando una sonrisa.

—¿La viste, papá? ¡Pasó debajo de nosotros!

—¿A qué te refieres, Juli? Acá solo hay ispis y truchas. Y alguna que otra rana, de esas que son más grandes que los gatos.

—También un ser distinto... —murmuró terca la pequeña, sin quitar la mirada del agua.

Pero por más que se quedó aferrada por casi una eternidad al borde del bote, con la mirada fija, muy fija, e intentó no pestañear ni una sola vez, no volvió a ver nada extraño.

Y ya era hora de volver a casa.

Después de amarrar el bote al muelle, Eustaquio colocó la red llena de pescados sobre el hombro y agarró la mano de la pequeña.

—Hoy tuvimos una buena pesca, Juli —le dijo feliz.

La niña se soltó y comenzó a correr hacia la choza donde vivían.

—¡Abuela, tengo hambre! —gritó mientras sus pies pequeños iban haciendo huellas en la arena granulosa de la orilla.

12 Después de comer las habas con queso y el charque de llama que había preparado Irinea, Juliana se sentó a la mesa a hacer sus tareas. La abuela se acercó a su lado sin hacer ruido.

—¿Qué es eso, Juli? —preguntó con timidez.

—¿Esto...? —señaló la hoja con el lápiz—. Es mi tarea, abu. Tengo que escribir lo que hice hoy.

—¡Ah! —siguió Irinea, todavía dudando mientras observaba las figuras sobre el papel— ¿Y qué estás escribiendo?

—Sobre la presencia en el lago.

La anciana se quedó un momento en silencio. Luego añadió casi con un susurro:

—¿La viste?

Juliana se quedó mirando a la anciana por unos segundos. Luego asintió.

—¿Tú la conoces, abu? —dijo la niña, también bajando la voz.

Irinea asintió.

—Mi abuela me contó que antes de que la luz se separara de las tinieblas, el hacedor de todas las cosas buenas y de todas las cosas malas encerró en bolitas de arcilla unas pequeñas semillas rojas y negras. Las apretó con fuerza entre las manos mientras decía algunos conjuros sagrados. De cada una de esas bolitas salió una persona. Pero dicen que cuando hacía la última bolita, hubo un estruendo tan poderoso, que esta se le cayó de las manos y se juntó con las figuras de los seres acuáticos que había amasado con anterioridad. El hacedor ya no tuvo tiempo de reparar su error, pues el estruendo había anunciado el principio del cosmos y se tenía que apurar. Así fue como se creó un ser que realmente no estaba en sus planes. Un ser mitad mujer y mitad pez, que creció solitario en las aguas de este lago altiplánico. El hacedor no quedó contento con lo sucedido: siempre pensó que los seres que creaba debían ser perfectos para que los humanos (a quienes les había sembrado la capacidad de asombro por la creación) los pudieran admirar y proteger. Pero hecho estaba; ya no había vuelta atrás. Así, el ser quedó albergado en las frías aguas de este lago. Muchos conocen su existencia, aunque muy pocos

la hemos podido ver, ¿sabes, Juli? Yo la he visto solo una vez, cuando tenía más o menos tu edad. Pero eso es algo que nunca voy a olvidar.

La niña asintió con los ojos fijos en su abuela.

14 El sol fue poniéndose y bañó con fulgor dorado la pequeña habitación a través de la ventana. Irinea y Juliana no se habían casi movido de sus sillas. La niña trazaba y repasaba una y otra vez con su pequeño índice las arrugas en las manos morenas de la abuela. Como si recorriera un viejo mapa lleno de tesoros escondidos.

—¿Me enseñas a leer? —preguntó de pronto la anciana. Era una pregunta que seguramente se la había estado guardando por largo tiempo. Y que al fin se animaba a hacer.

Juliana movió su silla y la fue arrimando al lado de la anciana.

Entonces comenzó a guiar la mano arrugada de su abuela para enseñarle a dibujar algunas letras. La mujer observaba curiosa como si fuera una niña que está descubriendo un nuevo universo, como si una galaxia entera se abriera ante sus ojos.

—Cuando sepa escribir bien, vamos a escribir juntas la historia del lago y del ser que lo habita,

Juli... —dijo y le lanzó una mirada cómplice a su nieta— así más personas la podrán conocer.

La niña levantó la quijada y una sonrisa achinó sus ojos negros.

Poco después, Irinea le dijo muy seria, como si se le acabara de ocurrir.

—Mañana vayamos a dar un paseo por el lago. ¿Te animas, Juli? Tendríamos que salir muy temprano. Podríamos tener suerte y tal vez logremos verla...

Ambas entrelazaron las manos y sus ojos brillaron como lumbres en la oscuridad.

Entonces el hacedor de las cosas buenas y de las cosas malas, que siempre estaba atento a sus creaciones, se rascó la cabeza y sonrió complacido.